

CONSIDERACIONES FINALES

Las élites de los pueblos surgieron gracias a un proceso de diferenciación social que fue acelerándose a lo largo del siglo XIX, con el lento pero sostenido desarrollo de la economía mercantil. El liderazgo que estos grupos asumieron dentro de sus localidades los colocó en una posición de mediadores entre el mundo rural y los caudillos de la región, con lo que afianzaron su autoridad en el ámbito local, pero su influencia política dependió en buena medida de la facción liberal que ostentara el poder.

Los estudios sobre la zona de Tetecala indican que su historia fue distinta a la de otras zonas azucareras de Morelos. La tardía instalación de sus haciendas, a mediados del siglo XVIII, y la falta de solvencia de sus propietarios —algunas no contaban con tierras propias y tenían que arrendarlas a los pueblos vecinos—, fueron factores que favorecieron el desarrollo agrícola de los pueblos. Por lo tanto, no es de extrañar que, en las últimas décadas del virreinato, los hacendados se quejaran de la falta de mano de obra para sus empresas, debido a que los campesinos encontraban en sus pueblos tierras suficientes que cultivar.

En contraste con los pueblos de los valles de Cuautla y Yautepec, muchos de los cuales fueron cercados por las haciendas, las autoridades de los pueblos de Tetecala informaban a las autoridades que contaban con tierras suficientes para la subsistencia de sus habitantes. Esto no quiere decir que los pueblos indígenas fueran comunidades igualitarias, pues un reducido número de individuos —caciques y principales— monopolizaban los cargos más altos del cabildo indígena y acaparaban las mejores tierras, pero la homogeneidad étnica, lingüística, religiosa y cultural de la población contribuyó a crear un sentimiento de solidaridad entre sus miembros, sobre

todo cuando había que defender los intereses comunales. Además, contaban con mecanismos de redistribución de la riqueza, como las fiestas religiosas y comunitarias, cuyos gastos recaían principalmente en el grupo de notables de cada localidad. No obstante, con el crecimiento del sector mestizo y su asentamiento en las localidades indígenas, éstas se fueron diferenciando étnicamente a la vez que debilitaban los lazos de cooperación y solidaridad entre sus miembros. El grupo de comerciantes locales, españoles y mestizos en su mayoría, incidió de manera notable en este sentido.

Con la llegada de la Independencia y la vida republicana, varios fenómenos modificaron la estructura de los pueblos e influyeron en la diferenciación social de los mismos. Por una parte, la instalación de los ayuntamientos constitucionales debilitó la participación política de los indígenas, pues con el nuevo concepto de ciudadanía se daban derechos políticos por igual a todos los sectores de la población, incluyendo mestizos y castas. Esta situación fue aprovechada por los hacendados azucareros y las elites locales —comerciantes, administradores de hacienda, rancheros, campesinos enriquecidos— para controlar los cabildos municipales y proteger su privilegiada posición económica y social, debilitando las relaciones de cooperación y reciprocidad que existían al interior de las comunidades campesinas. Hay que considerar, además, que las haciendas intensificaron la presión sobre los recursos territoriales y acuíferos de los pueblos, lo que explica la serie de levantamientos campesinos y ataques contra las haciendas a lo largo de la primera mitad del siglo XIX. Esta situación, sin embargo, reactivó la identidad comunitaria de las localidades, pues estaban haciendo frente, de manera conjunta, a las agresiones de grupos ajenos a sus comunidades, en este caso los hacendados azucareros.

No obstante, las alianzas que las comunidades establecieron con los caudillos de la región en las luchas de mediados del siglo XIX, no cumplieron las expectativas proyectadas por sus líderes, en el sentido de una mejora de las condiciones de

vida en el medio rural. Ni su adhesión al movimiento de Juan Álvarez, ni el apoyo otorgado a los liberales durante las guerras de Reforma y la Intervención Francesa, se tradujeron en un fortalecimiento de la identidad comunal y la forma de vida de los pueblos campesinos. Por el contrario, las leyes liberales de desamortización que ordenaron la eliminación de las tierras comunales y su adjudicación a título individual, acabaron por sentenciar el proceso de diferenciación social que venía dándose desde años atrás, acelerándolo notablemente. De ahí que cuando Francisco Leyva asumió el cargo de gobernador del recién creado estado de Morelos, en 1869, no pudiera ganarse el apoyo de los campesinos debido a que su gobierno era partidario de la privatización de la tierra.

El régimen porfirista se encargaría de terminar con la desarticulación de la comunidad campesina. A través de una serie de ordenamientos legales dispuestos por los sucesivos gobernadores de Morelos, se avanzó en la privatización de la tierra, de tal forma que para finales del porfiriato las localidades presentaban una profunda estratificación social, pues la titularidad de la tierra fue acaparada por unas pocas familias —el distrito de Tetecala fue una de las zonas donde este fenómeno fue más notable—. La llegada a los pueblos de productos agrícolas y mercancías industriales de todo tipo, provenientes de regiones lejanas del país y del extranjero, acabó con los productos de la industria doméstica y aumentó las necesidades monetarias de los habitantes. Esto ocurría mientras los hacendados trasladaban las tierras que tradicionalmente venían arrendando a los campesinos para dedicarlas al cultivo de la caña, pues las inversiones realizadas para modernizar sus empresas —introducción del ferrocarril, mejora de los sistemas de riego, adquisición de nueva tecnología— habían aumentado las necesidades de tierras para el campo cañero —aunque hay que decir que las haciendas de nuestra zona de estudio no fueron demasiado protagonistas de este proceso—. Todos estos factores aumentaron el descontento campesino, pero el aparato de control social del gobierno hizo imposible cualquier

manifestación por medios legales o violentos contra el orden establecido —hasta su colapso y el estallido revolucionario—.

Fue en este escenario en el que pudo surgir un personaje como Lauro Arellano. La presencia de una población campesina notablemente estratificada, un mercado de tierras y de fuerza de trabajo, un gobierno estable y una economía en desarrollo, fueron condiciones que incentivaron el surgimiento de una exitosa pequeña burguesía agraria e industrial en las comunidades morelenses a finales del porfiriato. Sencillamente, individuos como Lauro Arellano no pudieron existir antes de esta época, pongamos por caso durante la primera mitad del siglo XIX, cuando incluso los negocios de familias con grandes capitales fracasaban debido a la inestabilidad del gobierno y de los mercados.¹

Finalmente, hemos de indicar que nuestro estudio de caso sirve para ilustrar la evolución de las diversas facciones del liberalismo propuesta por Florencia Mallon. Esta autora sostiene que durante la primera mitad del siglo XIX se dio una coalición entre el liberalismo radical y el liberalismo moderado, en su lucha por la consolidación de un estado nacional y moderno. Esta coalición llegaría a un escenario de ruptura durante la República Restaurada, cuando las diferentes facciones liberales iniciaron una intensa lucha por hacerse cargo de la dirección del país. El triunfo correspondió a los liberales moderados, quienes encontraron en la ideología dominante del porfiriato, el positivismo, un arma poderosa para justificar la exclusión del liberalismo radical, aunque esta facción desplazada resurgiría con gran fuerza durante la Revolución Mexicana.² Aunque consideramos que la división de los grupos liberales en radicales y moderados es un tanto imprecisa, lo que queremos resaltar de esta visión es la idea de que los miembros del liberalismo popular de la República Restaurada

¹ David W. WALKER, *Parentesco, negocios y política. La familia Martínez del Río en México, 1823-1867*, México, Editorial Alianza, 1991.

² MALLON, *Campesino*, 2003, pp. 570-572.

—en el ámbito nacional, estatal y local— fueron desplazados políticamente durante el porfiriato, recobrando su importancia política hasta la caída del régimen, figurando como miembros del maderismo y del leyvismo —en el caso de Morelos—.

Hemos visto cómo el caso de la familia Arellano en Tetecala se acopla a esta visión. El coronel Manuel Arellano participó activamente en la política regional de mediados del siglo XIX, dando su apoyo a Juan Álvarez y posteriormente a Francisco Leyva, pero durante el gobierno de Porfirio Díaz se limitó a aceptar la imposición de los políticos que controlaron el distrito de Tetecala —recordemos firmó la carta que un grupo de notables de Tetecala publicó para agradecer al gobernador por el nombramiento del nuevo jefe político del distrito—. Los miembros de su familia correrían igual suerte, al ser relegados de la política algunos se emplearon en la burocracia o se dedicaron al periodismo, mientras que otros, como Lauro Arellano, tomaron el camino de los negocios y prosperaron de manera notable. La participación de Lauro Arellano en la 23ª Legislatura del Estado de Morelos en 1912-1913 es el mejor indicador de cómo tras la caída del régimen porfirista esta familia había recuperado un papel protagónico en la política estatal.